

Integración europea y teoría crítica de las relaciones internacionales: nuevas perspectivas para investigar los problemas contemporáneos de Europa*

European integration and critical theory of international relations: new perspectives on the research of the EU's contemporary problems

RODRIGO DE LA TORRE MUÑOZ
JOSÉ MEROÑO ASENJO
Universidad Complutense de Madrid
rdelator@uclm.es
jmerono@uclm.es

ORCID: Rodrigo de la Torre: <https://orcid.org/0000-0003-0202-8341> José Meroño:
<https://orcid.org/0009-0003-7948-0077>

Recibido: 08/06/2023. Aceptado: 16/11/2023.

Cómo citar: De la Torre Muñoz, Rodrigo y Meroño Asenjo, José, “Integración europea y teoría crítica de las relaciones internacionales: nuevas perspectivas para investigar los problemas contemporáneos de Europa”, *Revista de Estudios Europeos* 83 (2024): 142-171.



Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ree.83.2024.142-171>

Resumen: Este trabajo se propone, a través de la teoría crítica de las relaciones internacionales, poner en tela de juicio las teorías funcionalistas y neofuncionalistas sobre la integración europea. La comprensión de la Unión Europea como problema en sí mismo y como un producto derivado del capitalismo tardío nos permite acercarnos a nuevas perspectivas metodológicas transdisciplinarias para desarrollar el principal problema contemporáneo al que se enfrenta: las resistencias a Europa. Asimismo, se propone la valoración de las políticas europeas en clave transnacional y el estudio de las identidades y las percepciones como dos marcos metodológicos a través de los cuales aportar nuevas y renovadas conclusiones a los European Studies.

Palabras clave: Integración europea, teoría crítica, resistencias a Europa, identidades, capitalismo, gobernanza transnacional.

Abstract: This paper proposes, through the critical theory of international relations, sets out to question the functionalist and neofunctionalist theories that have traditionally dominated the investigation of European integration. The understanding of the European Union as a problem for its own and as a derivative product of late capitalism allows us to approach new transdisciplinary methodological perspectives to develop the main contemporary problem that it faces: the

* Este trabajo se ha realizado en el marco de un contrato de investigación predoctoral FPI 2021 y un contrato Investigigo 2023, ambos adscritos al Proyecto de Investigación “La construcción europea desde el sur. De la ampliación mediterránea a la ampliación del norte (1986-1995): los contornos de la europeización en perspectiva comparada”. Referencia: PID2020-113623GB-I00.

resistances to Europe. Additionally, proposes the assessment of European policies in a transnational way and the study of identities and perceptions as two methodological frameworks in order to provide newer conclusions to the European Studies.

Keywords: European Integration, Critical Theory, Resistances to Europe, identities, capitalism, transnational governance.

INTRODUCCIÓN

No es ningún secreto el hecho de que, actualmente, el proyecto de construcción europea se encuentra en una encrucijada. Las consecuencias de la pandemia de COVID-19, —ya oficialmente terminada debido a la retirada de la alerta sanitaria por parte de la OMS el 5 de mayo de 2023—, la salida oficial del Reino Unido, la proliferación de discursos de resistencia a Europa, la invasión de Rusia a Ucrania y la consecuente crisis energética y financiera han supuesto duros golpes a una Unión Europea (UE) que en 2019 y 2020 experimentaba las últimas consecuencias de una lenta recuperación económica después de la convulsa recesión de 2008. Sin embargo, esto contrasta notablemente con la compra conjunta de vacunas entre los Estados miembros, las sanciones económicas conjuntas impuestas a Moscú y las nuevas iniciativas para promover una autonomía estratégica en el medio y largo plazo. Estas últimas podrían considerarse medidas compensatorias que se derivan de los problemas que se han mencionado anteriormente, pero el hecho de que existan este tipo de contradicciones hace que la ciudadanía y la propia política europeas se pregunten por qué la integración de la UE avanza a golpe de crisis.

Lo cierto es que, como apuntó el historiador Mark Mazower, la construcción europea se encuentra definida por una serie de ambivalencias que han repercutido en su condición de proyecto de integración política y social derivadas de una unión comercial primigenia. Estas cuestiones son realmente el fruto de un modelo de integración, —y también de europeización por ser éste el conjunto de efectos que mide sus consecuencias—, gestado durante la década de los ochenta y en el cual ha primado la racionalización económica antes que la redistribución social del desarrollo y la solidaridad internacionales. El resultado, como apunta Mazower, se dejó ver a partir de los efectos derivados del golpe económico de 2008, pero realmente fueron el cúmulo de consecuencias de una serie

de acciones políticas desplegadas por un tipo de gobernanza regional que está supeditada, desde hace tres décadas, a las volátiles fuerzas del mercado único que ha construido (Mazower, 2018).

El sistema político de la UE es híbrido y multi-nivel debido al reparto de competencias que existe entre sus instituciones y los Estados miembros que la componen. No obstante, esta ambigua relación, que convierte a la Unión en un subsistema de relaciones internacionales, no ha podido consolidarse como un espacio público compartido debido a que se construye sobre un código normativo y una arquitectura institucional que amparan una descompensación entre los asuntos económicos y sociales (Hobolt, 2018). El resultado ha sido un desequilibrio que ha erosionado considerablemente la legitimidad democrática del proyecto de integración, lo cual ha hecho que hayan proliferado resistencias al mismo.

El presente trabajo se propone explicar, desde una perspectiva crítica de la integración europea, que las contradicciones inherentes y los problemas a la construcción europea se deben a su propia naturaleza derivada, a su vez, de las contradicciones del capitalismo tardío. Éste se comprende no sólo como una ideología económica, sino como todo un sistema de relaciones sociales que determinan el modo en el que la ciudadanía se relaciona con la alta política y los Estados con las instituciones de la UE que ejercen un tipo de gobernanza regional que tiene efectos transnacionales.

En cuanto a los problemas que atraviesa el proyecto de construcción europea, en primera plana se encuentra el conocido como fenómeno euroescéptico, que tiene más o menos implantación en las diversas arenas políticas nacionales. Este fenómeno ha sido redefinido también en los últimos años por la historiografía y la politología, popularizándose en los últimos años en la literatura científica el término de “resistencias a Europa”, más omniabarcante y que consigue definir mejor a las fuerzas contrarias o escépticas con la idea de la integración europea a la vez que lo complejiza para su análisis (Wassenberg, 2020). Encima de la mesa están también los debates relativos al tema sobre el consenso permisivo y su ruptura a partir de los años noventa, así como la politización de diversas cuestiones de la integración, que han contribuido a que el euroescepticismo se convierta en un tema en boga en los estudios científicos sobre la integración europea y que ha repercutido en que estas

resistencias a Europa se conviertan en un fenómeno transnacional con opciones realistas en numerosos países europeos como Francia, Italia, Hungría o Polonia.

Esta politización de diversas cuestiones de la integración europea, como puede ser la inmigración o las cuestiones de igualdad de género, han comenzado a ser estudiadas hace relativamente poco a través del estudio de las identidades y las percepciones culturales de la opinión pública sobre estos fenómenos (McLaren, 2005). Las percepciones e identidades definen en muchas ocasiones la actitud de la población con respecto a estos temas controversiales y su ubicación en el espectro político. En el estudio de estas identidades, por otro lado, la identidad nacional ocupa, aún, un lugar privilegiado que define gran parte de las investigaciones. Por último, las emociones juegan un rol de suma importancia en esta cuestión, la posibilidad de incluir la historia de las emociones en los estudios de la integración europea debe ser, por tanto, también considerada para los años venideros.

Las siguientes páginas se organizan en cuatro partes. En la primera se desarrollan brevemente los principios básicos de la teoría crítica de las relaciones internacionales. Posteriormente, se detallan las conexiones que puede haber entre ésta, la integración europea y la europeización. En tercer lugar, se exponen los problemas que la perspectiva crítica de la historia de la integración europea es capaz de diagnosticar y que se derivan de la vinculación del proceso con el capitalismo tardío y los desafíos propuestos por las resistencias a Europa que en los últimos años ha tenido. En cuarto lugar, se hará una aproximación a la historia transnacional y al estudio de las identidades como dos propuestas metodológicas para comprender dichas cuestiones y, finalmente, se han incluido unas conclusiones de todo el artículo.

1. TEORÍA CRÍTICA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

El objetivo de la teoría crítica de las relaciones internacionales es cuestionar las dinámicas y las fuerzas dominantes a partir de una visión histórica para desenredar el cúmulo de subjetividades que las componen. Teniendo como principales referentes la sociología gramsciana y la herencia intelectual de la Escuela de Frankfurt, los precursores de la teoría crítica inciden en la importancia de comprender las relaciones

internacionales, en este caso las que componen la integración europea, como algo más que relaciones interestatales. Asimismo, también apuestan por sacar a colación aquellas fuerzas contrahegemónicas que, si bien forman parte de las dinámicas imperantes y estructurales, suponen un desafío para su perpetuación mediante acciones sociales que promueven un contexto de agencia internacional que las pueden poner en tela de juicio (Sanahuja Perales, 2015).

Según el teórico de las relaciones internacionales Robert W. Cox, precursor de la vertiente neo-gramsciana de ese marco, los discursos dominantes y las ideas-fuerza son capacidades de beneficiarse de un entramado institucional para consolidarse y, posteriormente, cristalizarse. El resultado es la constitución de una hegemonía cultural que se desarrolla en un plano transnacional porque sus acciones son capaces de atravesar las fronteras de los Estados que dichas instituciones acogen. Sin embargo, éstas tienen dificultades para responder a las cuestiones de agencia internacional que se desarrollan dentro de ellas mismas (Cox, 1981).

Por lo tanto, la teoría crítica encuentra su lógica en el reconocimiento de desconexiones o contradicciones internas de las instituciones internacionales y que ellas mismas son incapaces de solucionar a corto plazo. Sin embargo, la teoría crítica es constructiva por naturaleza porque, al diagnosticar una grieta interna en el entramado institucional, promueve su comprensión y su resolución estructural (Haacke, 2005).

La capacidad de la teoría crítica de diagnosticar los desequilibrios inherentes de fuerzas estructurales es una herencia que proviene directamente de la filosofía social de la Escuela de Frankfurt. Su método dialéctico permite a la teoría crítica de las relaciones internacionales reconocer las intersubjetividades que existen dentro de las ideas-fuerza que estructuran instituciones internacionales, como las de la UE, y poner en tela de juicio las afirmaciones categóricas propias de las teorías funcionalistas de la integración europea. Asimismo, apuesta por traer a colación las consecuencias sociales que se derivan de las relaciones interestatales y, de esta manera, junto con los preceptos de la vertiente neo-gramsciana, remarcar las conexiones que existen entre las contradicciones del capitalismo tardío, la erosión de la legitimidad democrática y sus

efectos sobre el proceso de construcción europea (Manners, 2021; Weber, 2005).

Conviene, por tanto, que a continuación pasemos a detallar esas relaciones y los problemas contemporáneos a los que se enfrenta la Unión Europea; entre los cuales se encontrarían la estrecha relación de la construcción europea con el capitalismo tardío y sus consecuencias sobre la construcción de fuerzas euroescépticas.

2. MAPEANDO LOS PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS DEL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN EUROPEA

2.1. Integración europea, y capitalismo tardío

Las tesis funcionalistas sobre la integración europea y de la europeización, —comprendida como el conjunto de consecuencias derivadas de las convergencias de la Unión—, las han definido de manera objetiva como procesos y efectos asépticos de adecuación jurídica a un código normativo y a unas instituciones supranacionales que desde los años ochenta han perpetuado unas relaciones económicas basados en el fundamentalismo del mercado. Es cierto que, desde una perspectiva de la historia jurídica de la UE, las políticas sociales han ido cobrando fuerza durante el proyecto de integración europea, pero están considerablemente descompensadas en comparación a las rígidas normas que constituyen el mercado único (Delanty y Rumford, 2005).

Este enfoque estrictamente institucionalista ha pasado por alto las consecuencias sociales de la integración europea y ha dominado la comprensión y la investigación en torno a la historia de la UE. El resultado ha sido el hecho de que, a la hora de comprender e investigar la construcción europea, no se han tenido en cuenta los efectos transnacionales a medio y largo plazo de sus políticas salvo cuando trataban de reequilibrar las crisis que han puesto en jaque a la organización (Kaiser, 2010).

Las posiciones críticas ante las teorías funcionalistas y neofuncionalistas de la integración europea han diagnosticado que su

comprensión mediante metodologías estrictamente institucionalistas ha resultado en interpretaciones teleológicas y en maneras de comprender la sociedad europea en clave utilitarista (Kaiser y McMahon, 2017; Moreno Juste, 2010; Moreno Juste y Núñez Peñas, 2017). Esta problematización aumenta cuando, a su vez, el funcionalismo ha supeditado los avances en la construcción europea y su democratización al crecimiento económico desregulado, a la flexiseguridad laboral derivada de postulados ordoliberales y a la competitividad entre los Estados miembros incluso en coyunturas de crisis para la organización (Birchfield, 1999). Sin embargo, cuando la agencia internacional ha sido más convulsa, la Unión Europea ha apelado a la cooperación y a una solidaridad interestatal que fuese compatible con el rápido funcionamiento del mercado único, lo que quiere decir que es contradictoria en sí misma.

De acuerdo con la teoría crítica, estas contradicciones se deben a que la integración europea, que estructuralmente se ha organizado en torno a la liberalización de mercados y a la construcción de uno común, es un producto del capitalismo tardío. Teniendo en cuenta que el capitalismo es un sistema social de largo recorrido histórico, su avanzado desarrollo durante la segunda mitad del siglo XX y la crisis estructural que experimentó a partir de 1973 hicieron que aún así se expandiese y que permease por completo todas las capas de la ciudadanía; desde la alta política europea hasta los aspectos más cotidianos del bienestar personal (Fisher, 2018).

No es de extrañar, por tanto, que la gran envergadura del capitalismo y su erosión desde los años setenta hayan construido dinámicas internacionales contradictorias o, en palabras del filósofo marxista Frederic Jameson (2000), antónimicas y que por sí mismas son irresolubles.

La conexión entre el capitalismo tardío, la integración europea y la europeización tuvo lugar en los años setenta. Debido a la crisis que supuso la explosión inflacionaria y la derogación de los parámetros keynesianos de economía política, tanto el capitalismo como la Comunidad Económica Europea se redefinieron absorbiendo las tesis funcionalistas de las relaciones económicas, —las que se traducirían en políticas monetaristas y de racionalización—, y las tesis sociales sobre la preservación del bienestar a nivel comunitario, —las cuales apostarían por la reforma

perpetua del mercado común (Andry, 2022; Warlouzet, 2018)—. Consecuentemente, esta síntesis derivó en un tipo de europeización híbrida (antonímica) compuesto de acciones políticas que incluyen parámetros utilitaristas, neoliberales, sociales y cooperativos simultáneamente (Andry et al., 2019). A su vez, esto condicionó el modelo de integración europea imperante hasta nuestros días, el cual se consolidó con las reformas del Acta Única Europea y los Tratados de Maastricht, de Ámsterdam y de Lisboa.

La teoría crítica de las relaciones internacionales adopta la condición del proyecto de construcción europea a partir de esta perspectiva antonímica y se acerca a ella comprendiendo que la integración comunitaria, como producto y condicionante del capitalismo tardío, genera problemas para sí misma y para los Estados miembros que pertenecen a ella (Patel, 2020). Las consecuencias de una europeización ambivalente y ambigua han dado como resultado problemas de comunicación, por parte de las instituciones comunitarias, y de redistribución del desarrollo entre los Estados miembros. Desde que entre los años ochenta y noventa se reforzaron en las relaciones internacionales intracomunitarias cuestiones relacionadas con la competitividad interestatal, la geometría variable de la CEE/UE se ha acentuado y una historia de la integración europea crítica resalta el hecho de que el ámbito cooperativo y de las convergencias reales se ha diluido (Patel, 2020).

Las consecuencias que ha tenido el capitalismo tardío y el funcionalismo dentro de la integración europea han redundado en una falta de cohesión social dentro de la organización; lo cual, a su vez, ha resultado en una identidad europea escueta y disonante entre una realidad económica muy desarrollada y otra ciudadana muy incipiente (Moreno Juste, 2010).

Jürgen Habermas, el principal exponente de la Segunda Generación de la Escuela de Frankfurt, explicó que este problema ha derivado de una escasa atención del contenido político de los efectos de la europeización desde que en los años ochenta y noventa las fuerzas de la integración europea apostaran por la desregulación financiera y la aceleración de la globalización económica dentro de las fronteras de la organización (Habermas, 2004).

De esta forma, la teoría crítica de las relaciones internacionales revela que el escaso calado en la ciudadanía de la acción política de la CEE/UE se ha debido a las limitaciones que la integración europea se ha autoimpuesto en pro de un desarrollo económico competitivo entre sus Estados miembros. Asimismo, dichas restricciones se han generado a través del proceso mediante el cual se traspasó el modelo de organización socioeconómica de los Estados-nación, —definido por una gobernanza híbrida de los Estados del bienestar para compensar la inflación y el desempleo estructurales derivados de la transformación del capitalismo tardío después de la crisis de 1973—, a las instituciones europeas supranacionales desde la reforma del Acta Única Europea de 1985-1986, razón por la cual la integración europea ha redundado también en antinomias desde entonces.

Esto mismo no sólo ha socavado las posibilidades que tenían los Estados miembros de alcanzar convergencias desde entonces, sino también las de todo el conjunto de la sociedad europea de ser comprendida como un sujeto políticamente cohesionado a partir de unos parámetros democráticos de europeización, los cuales fueron sacrificados en aras de la subordinación de la política comunitaria al mercado único y a la globalización acelerada (Habermas, 2004).

2.2. Resistencias a Europa

Estos problemas propios del capitalismo tardío han tenido también su expresión en la aparición de fuerzas críticas con la idea de la integración europea, las cuales han reforzado sus posturas gracias a la politización del mismo proyecto de integración y a la importancia que se le ha empezado a dar a partir de los años noventa en la política nacional de los diversos países que integran la Unión Europea. Los perdedores del avance del proceso de construcción europea, que a la vez han sido, en muchas ocasiones, los también conocidos como los perdedores de la globalización, han articulado respuestas críticas al rumbo actual que sigue la integración europea a través de sindicatos, organizaciones y también partidos políticos, en los que los discursos contrarios a una mayor integración o a algunas de sus medidas y políticas se han hecho cada vez más frecuentes y radicales.

El gran problema al que, por tanto, se enfrenta el proceso de integración europea en la actualidad es lo que la literatura académica y

científica clásica ha denominado como “euroescepticismos” con varios subtipos que han venido a ahondar en un concepto a veces confuso y poco definido. De esta forma, surgieron en primer lugar los términos archiconocidos de *hard euroscepticism* y *soft euroscepticism* (Taggart 1998: 365-366). Desde este momento, las teorías para explicar este fenómeno complejo y polifacético han ido apareciendo, proponiendo nuevas formas de análisis y nuevas conceptualizaciones, todas ellas girando en torno al mismo concepto, el euroescepticismo, así aparecieron distintos términos más o menos novedosos como *euroalienation*, *eurodistrust*, *euro-reject* o eurorealistas (Kopecky y Mudde 2002; Krouwel y Abts 2007; Neumayer 2007).

¿Pero es acaso este concepto, un término científico para designar un fenómeno determinado? Taggart y Szczerbiak justificaban la elección del término aludiendo más a la popularidad del mismo que a la utilidad que tenía para denominar y nombrar a un fenómeno aparentemente reciente, aduciendo que era un término vago que permitía incluir muy diferentes tipos de partidos y agentes en el mismo, casi un cajón de sastre en el que cabían tanto los agentes que renegaban del proceso de integración europea como los que se oponían a ciertas medidas por considerarlas insuficientes o que criticaban a la propia Unión Europea por avanzar demasiado lento hacia un modelo supranacional de mayor calado (Taggart, 1998; Szczerbiak y Taggart, 2000).

Debido a esto, han aparecido últimamente numerosos trabajos, sobre todo procedentes de la historiografía y la politología francesa, que han intentado realizar una nueva conceptualización más precisa y menos equívoca, ampliando el concepto, para intentar abarcar la complejidad del fenómeno “euroescéptico”.

Acuñaron para ello el término que podemos traducir como “resistencia a Europa”, que permitía incluir en él la mayoría de las formas que tomaba el rechazo al proyecto de integración europea por unos motivos u otros, calificando al concepto “euroescepticismo” como una “noción exhausta” ligada directamente al contexto histórico en el que surgió; es decir, a la Gran Bretaña de finales de los ochenta, y que, por tanto, limita la investigación, principalmente la historiográfica. Crespy y Verschueren lo definían como “manifestaciones de hostilidad hacia uno o varios aspectos de la integración europea percibida como un peligro hacia

los valores propios. Las resistencias se enfocan en el espacio entre la percepción que tienen los actores de lo que la Unión Europea es y sus creencias de lo que debería ser” (Crespy y Verschueren, 2009). Las resistencias serían además no generales, sino hacia diversas formas específicas de ver y comprender Europa, o, mejor dicho, el proceso de integración europea en las que cualquier tipo de actor podría participar (Crespy y Verschueren, 2009). Éstas eran, además, según Wassenberg, tan antiguas como las ideas sobre los proyectos de integración europea y no recientes, como se afirmaba hasta el momento (Wassenberg, 2020).

Esto también significa que no hay resistencias a Europa en general, sino a proyectos de integración europea concretos, como el proyecto de la Europa liberal, la social, la socialdemócrata o incluso la socialista defendida por grupos eurocomunistas (Crespy y Verschueren, 2009). Así, podemos encontrar también distintos tipos de resistencias acordes a los referentes ideológicos en cuestiones materiales, pero también en cuestiones identitarias; distinguiendo, por ejemplo, entre resistencias marxistas, socialdemócratas, cosmopolitas o europatrióticas que desarrollarían los distintos agentes políticos y sociales a lo largo de la historia de la integración europea desde sus inicios en los años cuarenta hasta la actualidad (Crespy y Verschueren, 2009).

El concepto de “resistencias a Europa” nos permite así complejizar y redefinir un fenómeno sumamente multifacético del que toman parte numerosos actores, tanto estatales como no estatales y procedentes de todos los lugares del espectro político. Es un concepto profundizable y, sin duda, mejorable, pero nos permite investigar este problema esencial de la europeización desde una perspectiva innovadora y rompedora con parte de la terminología anterior, introduciendo una visión que no se fije tanto en los actores estatales y permitiéndonos fijarnos en las percepciones culturales, así como en las identidades de todo tipo que configuran y determinan en gran medida la europeización.

Estas resistencias comprenden así mucho más que las posiciones de los partidos políticos, de ellas forman parte también importantes agentes de la sociedad civil como sindicatos de trabajadores, ONGs, cooperativas agrícolas o empresas privadas de distinta configuración y tamaño. Se presenta así también la necesidad de comenzar a realizar una historia social de la integración europea hasta el momento prácticamente inexistente y en

la que el estudio de los críticos o de las razones del “no” a Europa pueden ocupar un papel importantísimo (Crespy y Verschueren, 2009)

Por ende, esta nueva conceptualización nos permite también superar las viejas, y no tan viejas, explicaciones llevadas a cabo desde las teorías utilitaristas, neofuncionalistas, postfuncionalistas y neorealistas sobre el origen y el desarrollo de las corrientes euroescépticas o críticas con Europa.

La primera de estas se caracterizó por llevar a cabo una explicación basada en la disyuntiva costes/beneficios. Aseguraba que el apoyo y la desafección hacia el proyecto de integración europea se construiría en torno a este eje, concluyendo que, al pesar siempre más los beneficios, el proyecto de integración europea estaría siempre asegurado, por ende, podrían aparecer corrientes e ideologías contrarias a este mismo, pero nunca se podrían convertir en opciones mayoritarias y, de facto, nunca se darían pasos atrás en la integración europea (Gabel, 1998; Vollaard, 2018). De esta forma, la explicación del euroescepticismo a través de esta teoría en la actualidad sostendría que los agentes con un programa euroescéptico o resistente a Europa tendrían una percepción de la integración europea en la que los costes tendrían un peso mayor que los beneficios obtenidos a través de la misma (Gabel y Palmer, 1995)

Las teorías neofuncionalistas, que conformaría seguramente la escuela más amplia a la hora de explicar el proceso de integración europea y que, más adelante, también explicaría el proceso inverso, el de desintegración y, por ende, el fenómeno del euroescepticismo. El neofuncionalismo, cuyos máximos exponentes fueron Ernst Haas y Leon Lindberg, bebió directamente del funcionalismo anterior, representado principalmente por David Miltrany, que creía que los beneficios en bienestar del supranacionalismo provocarían una reforma a ese mismo nivel en el terreno político (Hooghe y Marks, 2009). El neofuncionalismo tomaba así esta idea fuerza de David Miltrany reformulándola, afirmando que el incremento de los lazos de interdependencia a nivel global resultaría en una cada vez mayor integración y un aumento de la supranacionalidad de manera inevitable, los diferentes actores nacionales y transnacionales producirían una cada vez mayor integración de sus estados en la organización internacional, o mejor dicho, en organizaciones supranacionales como era en esa época la Comunidad Económica

Europea. Este proceso, al que denominaron como *spill-over*, resultaría en un aumento de las propuestas para la organización internacional de los Estado-nación con el paso del tiempo (Leconte, 2015).

Así, dentro de esta teoría, los retrocesos en el proceso de integración tampoco tenían cabida, con la salvedad de la revisión realizada por Philippe Schmitter que acuñó el concepto de *spillback*, que permitía explicar ciertos retrocesos en este proceso de integración europea; sin embargo, siguieron creyendo que las propuestas mayoritarias contrarias al proceso de integración jamás serían posibles y que la politización del proceso de integración europea estaba muy lejos de politizarse en las arenas nacionales (Schmitter, 1970; Fligstein, 2008).

Esto vino a corregirlo poco más tarde el postfuncionalismo sirviéndose de las propuestas ya realizadas por Philippe Schmitter y algunas otras aportaciones en los años posteriores, realizando así investigaciones centradas principalmente en el euroescepticismo, la evolución de la opinión pública en torno al proyecto de integración europea y la Unión Europea y lo que Vollaard denomina como “desintegración europea”. Según Gary Marks y Liesbet Hooghe lo que diferencia fundamentalmente al postfuncionalismo de las teorías neofuncionalistas e intergubernamentalistas es la afirmación de que la identidad junto a los intereses económicos son la base sobre la que se construye la percepción sobre la europeización y la Unión Europea, son los dos primeros factores los que determinan la opinión pública sobre el proyecto de integración europea y la UE, así como lo que articula las posiciones euroescépticas (Hooghe y Marks, 2009). Reconocen así también el poder que tienen los factores emocionales y sentimentales a la hora de construir las diferentes visiones sobre temas políticos como el euroescepticismo (Webels, 2007). Mientras tanto, Vollaard articulará su investigación en torno a la noción ya más que probada de que el euroescepticismo es multifacético e implica por ende cuestiones políticas, económicas, institucionales, socioculturales, territoriales y legales (Vollaard, 2018).

Para los exponentes de esta teoría el euroescepticismo tiene un origen sumamente reciente, ubicado a finales de los años ochenta y principios de los noventa, cuando sostienen que el consenso permisivo característico de los primeros treinta años del proceso de integración

europea se quebró y nació una nueva etapa definida como de disenso restrictivo, caracterizada por una creciente politización de la integración en las arenas nacionales y con la aparición de partidos políticos abiertamente contrarios a una mayor integración de las naciones europeas en un ente supranacional, bien fuera por motivos ideológicos o estratégicos (Hooghe y Marks, 2009: 5; Down y Wilson, 2008: 26-49).

Sin embargo, las resistencias a Europa nos permiten explicar el fenómeno desde una perspectiva histórica mucho más amplia y rompedora. Estas resistencias no son algo innovador, no se trata de algo nuevo que haya aparecido recientemente como consecuencia del final del consenso permisivo, sino que existen desde que existe el mismo proyecto de integración europea. Por ende, tanto la política de la silla vacía llevada a cabo por de Gaulle, como las protestas mineras en Alemania pidiendo una Europa social fueron un ejemplo de estas resistencias a la integración europea, unas resistencias previas al discurso de Brujas pronunciado por Margaret Thatcher, hito que normalmente se ha tomado como el inicio de las tesis euroescépticas. Por ende, el fin del consenso permisivo no jugó un rol importante en la aparición de estas actitudes, sino que ya existían con anterioridad y se potenciaron, principalmente, a partir de la celebración del primer referéndum con ocasión del Tratado de Maastricht, pero ya habíamos podido ver expresiones de estas resistencias a Europa desde que se iniciaron las votaciones directas a nivel europeo en 1979, como, por ejemplo, con el Frente Nacional en Francia (Wassenberg, 2020).

En el caso español nos permite relacionarlo directamente con la teoría crítica de las relaciones internacionales, poniendo en evidencia el mito europeísta español, al presentar al país como el más europeísta entre todos los demás y carente, por tanto, de estas expresiones críticas con Europa y resistentes hacia el proceso de integración europea en la forma concreta de su puesta en práctica durante los años ochenta y noventa y la primera década del siglo XXI; un trabajo aún muy poco desarrollado, especialmente en el campo de la historiografía, y que nos puede y debe permitir avanzar en nuestro conocimiento sobre los procesos de europeización en el territorio español.

El concepto de “resistencias a Europa” o “resistencias a la integración europea” nos permite abrir el concepto, pudiendo incluir todos los tipos y subtipos de euroescépticismos que se habían definido con

anterioridad e incluirlos en un único término científico que nos permite definir el fenómeno. Las resistencias a Europa permiten incluir el *soft* y el *hard euroscepticism* acuñado por los primeros politólogos que intentaron conceptualizar las críticas a Europa, así como a los diversos agentes que integran esta postura con respecto a la integración europea de muy diversas formas, tanto los que se oponen a la misma integración europea y al desarrollo del proyecto supranacional, grupo que integran en su mayoría las fuerzas del conocido como nacionalpopulismo, como aquellos que critican la forma en que se ha puesto en práctica o la forma que ha tomado en la actualidad a través, principalmente, de la aprobación de los Tratados de Maastricht, Ámsterdam o Lisboa, grupo que integran principalmente los partidos comunistas, los verdes y otros partidos de izquierda, así como diversos sindicatos de todo el continente.

Queda claro, de esta manera, que no podemos referirnos con el término euroescéptico, con todo lo que ello implica en su significado, a todos los grupos críticos en algún sentido con el proyecto de integración europea, dado que no son lo mismo aquellos grupos que se oponen frontalmente al mismo proyecto de integración que los que critican el aspecto contrario reprochando la insuficiencia de los avances hacia formas de unión política, social y económica que impliquen un mayor grado de supranacionalidad desde críticas que podríamos calificar como “maximalistas”.

3. NUEVAS PROPUESTAS METODOLÓGICAS

3.1. Europeización y gobernanza transnacional

Comprender las contradicciones inherentes al proceso de integración europea supone también asimilar que la UE es un sistema de gobernanza regional y transnacional, más que un conjunto de interacciones interestatales que giran en torno a intereses netamente económicos y que están encajados dentro de un marco teórico realista de las relaciones internacionales.

Las capacidades transnacionales de la integración, —es decir, su capacidad para emitir políticas que sean aplicadas a todo un conjunto de Estados y que afectan de diferente forma a sus distintas poblaciones y

sistemas políticos—, se miden a través de una conceptualización amplia de la europeización. Ésta se compone de las múltiples interacciones que emanan de la acción política de la UE y que se reconocen no sólo a partir de canales diplomáticos, bilaterales e institucionales; sino también a partir de redes informales que se desarrollan en múltiples direcciones que también influyen en las consecuencias de la integración europea (Exadaktylos et al., 2013; Kaiser, 2010).

La europeización, por tanto, sería un fenómeno complejo que se expresaría vertical, —a través de canales de interacción directos entre las instituciones comunitarias y los Estados miembros—, y horizontalmente, —de acuerdo con el desarrollo de cuestiones transversales a todos los actores que se ven afectados por la construcción europea incluidos los no estatales (Moreno Juste, 2010)—. Asimismo, es necesario considerar sus manifestaciones relativas en función de las políticas que experimenten las consecuencias de la integración europea y de las situaciones históricas y sociales de los Estados miembros que las acojan (Palmowski, 2011).

Las aproximaciones a una teoría crítica de la integración europea promueven, por tanto, el estudio de sus consecuencias a través de marcos teóricos y metodológicos transdisciplinarios (Kaiser, 2010; Rosamond, 2015). Concretamente, es a través de una conjunción entre ciencia política e historia de la construcción europea a través de la cual se pueden reconocer y comprender las contradicciones derivadas del capitalismo tardío.

Desde ambas disciplinas, se pueden investigar la proyección transnacional del sistema político de la CEE y el de los Estados miembros a la hora de incentivar, —por medio de percepciones cognitivas, canales oficiales o redes informales—, la adopción de conductas comunes (Exadaktylos et al., 2013; Kaiser, 2010). Esto permite analizar tanto los sujetos que experimentan las consecuencias de la integración desde un punto de vista predominantemente vertical, -directa desde las instituciones-, u horizontal, -a partir de efectos contagio o transversales a los Estados miembros—. La síntesis de ambas en la redefinición de las políticas públicas que se ven influenciadas por la integración europea puede llegar a desplegar múltiples efectos, incluso contradictorios

(Radaelli, 2003). Por lo tanto, las contradicciones serían el reflejo de unos efectos poliédricos derivados de la convergencia europea.

Asimismo, la teoría crítica no desestima la alta política, sino que apuesta por su reconceptualización. Debido a esto, propone que las perspectivas estrictamente diplomáticas e institucionalistas de la UE se compenetren junto a las que promueven el estudio y la investigación intrainstitucional. Es decir, la comprensión de las limitaciones que las propias instituciones europeas se autoimponen y cómo se relacionan entre sí en las negociaciones y el diseño de políticas comunitarias (Kaiser, 2008).

Entender la UE como una organización internacional con capacidad de gobernanza transnacional no sólo promueve una perspectiva de la integración europea que se preocupa por su cohesión interna; sino que también la proyecta como un actor internacional que tiene la capacidad para reconocer sus discontinuidades y que, a pesar de sus limitaciones, toma conciencia de que las debe superar mediante mecanismos de cooperación que mantengan activa la integración social. De esta forma, a su vez, se pone en tela de juicio una narrativa teleológica sobre el proceso de construcción europea

3.2. El estudio de las identidades y las percepciones en el marco de la europeización

Las aproximaciones utilitaristas y neofuncionalistas se han visto superadas en los últimos años por el estudio y la investigación de las identidades y las percepciones, permitiéndonos así hallar explicaciones más rigurosas sobre los distintos niveles de europeización en las diversas naciones que integran el proyecto de integración, así como sobre el euroescepticismo, que junto a la terminología ya explicada con anterioridad nos permite hallar soluciones para avanzar en la investigación de la europeización a través de nuevas propuestas metodológicas.

Lauren McLaren tomará así perspectivas sumamente innovadoras en su investigación, como, por ejemplo, llevando a cabo investigaciones sobre la percepción del peligro cultural, es decir, cómo se percibían el resto

de culturas y el miedo que esto generaba en diferentes grupos para explicar la desafección o incluso la oposición hacia el proyecto de construcción europea y hacia la UE; así, criticaba la aproximación utilitarista basada en el eje coste/beneficio del que ya hablamos tildándola de reduccionista y construyendo un análisis desde la política simbólica que afirmaría que los individuos no pensarían tanto en torno al eje de coste/beneficios que la UE habría traído a sus propias vidas a la hora de construir una opinión y postura sobre el proyecto de integración europea, sino que, en última instancia, estarían mucho más preocupados por los problemas relacionados con la degradación del Estado-nación al que pertenecen (McLaren, 2002), por ende, la identidad nacional y la percepción de la misma sería la que construiría, en definitiva, la postura de los ciudadanos de las diferentes naciones sobre la UE (McLaren, 2005). Por último, introdujo también la investigación en torno a las emociones y sentimientos que las instituciones nacionales y europeas provocaban en los individuos y cómo esto influía en su opinión sobre el proyecto de construcción europea (McLaren, 2007).

Tomar en cuenta, por tanto, las percepciones que los ciudadanos europeos de los diferentes Estados-nación que articulan el proyecto de integración en la actualidad tienen sobre las diferentes culturas, así como temas importantes como la inmigración o las cuestiones de género tiene una importancia significativa a la hora de comprender cómo se articula la opinión pública, así como las agendas de los partidos políticos con respecto al proyecto de integración europea. Las aproximaciones utilitaristas han quedado así totalmente sobrepasadas y superadas en el terreno de la historia de las relaciones internacionales y la ciencia política, o, al menos, deben ser tomadas como un complemento a la hora de analizar este fenómeno, pero no como la parte central de las actitudes de los ciudadanos y los diversos agentes sociales hacia el proyecto de integración.

Así, la percepción del peligro cultural se vuelve un factor determinante a la hora de entender también la politización de diversos temas que tocan con la integración europea y que en los últimos años han creado una fuerte polarización, tanto entre los distintos individuos que conforman el espacio de debate público, como entre los diversos representantes estatales, lo que ha provocado en los últimos años, un deterioro de las políticas de consenso en el seno de la Unión Europea, sobre

todo en los temas más, podríamos decir, negativamente politizados, como son la inmigración, las cuestiones de género o el papel que ocupa el Estado-nación en el proyecto de integración europea que se ha venido diseñando y desarrollando desde Maastricht hasta nuestros días.

Dentro de todos estos temas, el de la identidad nacional ocupa un lugar privilegiado entre ellos, principalmente porque es el que en muchas ocasiones consigue entroncar con el resto de identidades y actitudes con respecto al proyecto de integración. La identidad nacional puede suponer así un claro obstáculo para el avance de la integración europea, ya que esta, normalmente, se ha tendido a preocupar por la disminución de la soberanía y de independencia del Estado-nación, así como su pérdida de poder, la puesta en un segundo plano de los intereses nacionales o la propia contaminación de la identidad nacional desde tesis esencialistas, cuyo mejor ejemplo en la actualidad son las tesis e ideas sobre este tema de Viktor Orbán. Así, la integración puede ser considerada en numerosas ocasiones por fuerzas nacionales como un peligro para el rol y la estructura tradicional del Estado-nación, así como para la también tradicional identidad nacional de muchos de los países que conforman la UE por la entrada de elementos ajenos a los que ellos consideran la verdadera identidad europea y sus valores, normalmente los de una Europa cristiana y conservadora (Kritzinger, 2003).

Así, Sean Carey propuso que la identidad nacional junto a un sentimiento de orgullo nacional suponía sin ningún tipo de duda un obstáculo para el desarrollo del proyecto de integración europea (Carey, 2002). Sin embargo, podemos observar también, y lo hemos podido experimentar de forma cercana en estos últimos años, como la identidad nacional en algunas ocasiones supone un acicate para el apoyo a la integración europea, es decir, podemos encontrar identidades nacionales regionales, como la escocesa o la galesa, cuya identidad nacional les permite identificarse también con Europa y con el proyecto de integración (Hooghe y Marks, 2004), en contraposición al nacionalismo inglés que forzó la salida del Reino Unido de la Unión Europea de forma definitiva en 2020. La identidad nacional se presenta, por tanto, usualmente como un problema o un obstáculo para profundizar en la integración, pero se puede

presentar también, aunque de forma menos recurrente como una ventana de oportunidad para la misma.

En estos últimos años Halikiopolou, Nanou y Vasilopoulou han ido más allá concluyendo que la identidad nacional se había convertido en el común denominador del euroescepticismo tanto de los partidos de extrema izquierda, como en los de extrema derecha. Los efectos, por tanto, del nacionalismo, de un nacionalismo renovado, serían paradójicos, ya que las dos familias políticas más enfrentadas entre sí lo habrían convertido en el principal elemento de su posición euroescéptica. La identidad nacional se vuelve, por tanto, el elemento en el que entroncan las causas del euroescepticismo, tanto entre la opinión pública como entre los partidos políticos de tendencia radical o “extremista” (Halikiopoulou, Nanou y Vasilopolou, 2012).

Es clave comentar aquí también que los propios eurobarómetros han contribuido también a esto, potenciando la priorización de una identidad sobre la otra, no incluyendo nunca la opción de responder con una identidad tan nacional con europea o viceversa, ya que siempre debía ser colocada la nacional o la europea por encima de la otra. Esto ha provocado también que la identidad europea se vea también como una sustituta de la identidad nacional, y, por ende, como una amenaza y un peligro para esta segunda.

Boomgarden y otros investigadores también contribuyeron al estudio del peso de las identidades en la conformación de posturas euroescépticas, incluyendo la identidad ante la inmigración, así como nuevos análisis del peso de la identidad nacional (Boomgarden et al, 2011). Sobre este tema de la inmigración aún hay mucho trabajo tanto en la ciencia política como en la historia por llevar a cabo, al tratarse de uno de los temas comunitarios que más se han politizado en los últimos años a raíz de las crisis migratorias y de refugiados, pero también como una de las conocidas como amenazas híbridas que son ahora utilizadas por diferentes actores regionales con cada vez más poder e influencia que utilizan estos flujos migratorios como arma de presión sobre la Unión Europea y, principalmente, sobre los diversos países fronterizos que más sufren los efectos de estas migraciones, como España, Italia o Grecia.

El estudio de las identidades y las percepciones nos permite aproximarnos al fenómeno desde una mirada muy completa y efectiva, ya que las percepciones e identidades que se crean en torno al fenómeno de la inmigración tienen unos efectos importantísimos en el proceso de integración europea. Estas percepciones del peligro cultural, principalmente provocadas por la inmigración, son un claro obstáculo también para el avance del proyecto de integración europea en nuestros días al tratarse de un tema sobre el que no hay un claro consenso y sobre el que, muy seguramente, tampoco lo vaya a haber en un futuro cercano debido a las posiciones de los países miembros más beligerantes con este tema como son Hungría y Polonia.

CONCLUSIONES

La teoría crítica de las relaciones internacionales ha demostrado ser un marco concreto y útil para poder diagnosticar los problemas que sufre el proyecto de integración europea. No sólo ha permitido su comprensión como un producto derivado del capitalismo tardío, sino que también es capaz de concretar cuestiones menos abstractas como la proliferación de las fuerzas y discursos euroescépticos.

A través de la teoría crítica, los enfoques estrictamente institucionalistas de la integración europea han demostrado estar limitados a la hora de aportar una perspectiva política y social de la UE. A pesar de los avances que la organización ha hecho para la construcción de una ciudadanía europea, los efectos transnacionales de las políticas emitidas por las instituciones europeas han pasado a un segundo plano en la agenda de investigación, salvo cuando éstas han supuesto un reequilibrio para la organización en tiempos de crisis.

El hecho de que existan estas dinámicas contradictorias en el interior de la organización, demuestra que la construcción europea ha de comprenderse como problema en sí misma. La teoría crítica de las relaciones internacionales es capaz de diagnosticar que este hecho se debe a la vinculación de la UE con las dinámicas del capitalismo tardío, las cuales se han comprendido únicamente desde las perspectivas funcionalistas y neofuncionalistas. Asimismo, la crítica hacia éstas ha dado

como resultado el estudio estrictamente economicista de un modelo de integración europea basado netamente en la interdependencia económica y la liberalización de los mercados, sin tener en cuenta las consecuencias sociales ni el significado político que ha acarreado para las identidades que componen el Viejo Continente.

Esto ha hecho que surjan fuerzas escépticas con el proceso de integración europea se han convertido así en los últimos años, como hemos podido constatar, en uno de los principales problemas de la Unión Europea y en una de las mayores trabas para el avance de un proyecto supranacional que a veces vemos cómo se diluye. La terminología, como hemos analizado, ha sido definitivamente superada en los últimos años por las aportaciones de la historiografía y la politología francesas, el concepto de resistencias a Europa se ha convertido en un concepto con contenido realmente científico que nos debe servir para complejizar en nuestras investigaciones el fenómeno “euroescéptico” y definirlo de manera multifacética, atendiendo a los discursos de las diversas fuerzas políticas y sociales para realizar una verdadera definición científica de las mismas. En definitiva, no podemos seguir utilizando un concepto de las implicaciones terminológicas y etimológicas que tiene el de “euroescépticismo” para englobar a fuerzas de muy diverso origen y con críticas muy diversas al proceso de integración europea. Debemos atender a cada una de estas resistencias a Europa, que son singulares, y no generales, y que se oponen o critican, por tanto proyectos de integración europea concretos.

La superación y el agotamiento de los modelos funcionalistas, utilitaristas y neofuncionalistas, que en muchas ocasiones no permitían investigar sobre las resistencias a Europa, al considerarlas como una quimera que en el cómputo de costes/beneficios nunca podía aparecer, y que en otras no tomaban en consideración aspectos tan importantes como las identidades y las percepciones nos deben hacer avanzar, por ende, hacia nuevas formas metodológicas y nuevos marcos teóricos desde los que abordar la europeización, sus problemas y crisis, y también sus contradicciones. La teoría crítica de las relaciones internacionales aparece así como un marco teórico y metodológico desde el que partir hacia nuevas consideraciones sobre la integración europea y las formas reales en que esta toma forma en la Europa contemporánea, tomando en cuenta también

a los perdedores de la integración europea, pieza clave a la hora de comprender la aparición de estas fuerzas resistentes a Europa y también estas razones del “no” a Europa de las que ya hemos hablado.

El estudio de las identidades y las percepciones culturales puede ser una de estas soluciones, nos permite comprender de forma nítida cómo funcionan estas resistencias a Europa y cómo también, se produce la europeización. Estas investigaciones deben por tanto arrojar luz también sobre los problemas más serios a los que se enfrenta el proyecto de integración europea hoy en día, de dónde provienen y hacia dónde van, como, por ejemplo, en la extrema politización de algunas de las cuestiones comunitarias ya mencionadas en el resto del artículo, como son la política energética, la inmigración o las políticas relacionadas con cuestiones de género y LGTB. Es en este espacio en el que las identidades y las percepciones juegan un rol de suma importancia y donde se conforman las resistencias a Europa más radicales que reniegan del mismo proyecto o de su forma supranacional con la proposición de proyectos en los que el Estado-nación gana aún más presencia de la que aún tiene en la Unión Europea actual.

Asimismo, la comprensión de la UE como un sistema de gobernanza transnacional puede ser otra de las soluciones. Su carácter transdisciplinar entre la historia internacional, la ciencia política y la teoría crítica de las relaciones internacionales hace que sea posible reconocer las contradicciones que el proceso de integración europea ha creado en sí mismo.

Estas desconexiones surgirían a partir de los estudios sobre la europeización y las consecuencias sociales que los Estados miembros experimentan a partir de las convergencias que componen la integración europea. La relatividad y amplia naturaleza de estos efectos no sólo enriquecerían la investigación sobre la UE, sino que también promoverían una perspectiva diversa, pero lógica en sus propias contradicciones, de las distintas realidades sociales que componen el proyecto de construcción europea. Promoverían la comprensión de la Unión Europea como un espacio público compartido en proceso de cohesión, más que como una

organización internacional levantada sobre los intereses económicos de un mercado común.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera de Prat, Cesáreo (2022), *Euro-escepticismo, euro-fobia y euro-criticismo: los partidos radicales de la derecha y la izquierda ante la Unión Europea*, Barcelona, Huygens

Andry, Aurélie D. (2022), *Social Europe, the Road not Taken. The Left and European Integration in the Long 1970s*, Oxford, Oxford university Press.

Andry, Aurélie D., Emanuel Mourlon-Druol, Haakon A. Ikonomou, y Quentin Jouan, (2019), “Rethinking European integration history in light of capitalism: the case of the long 1970s”, *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, vol. 26, pp. 553-72.

Birchfield, V. (1999), “Contesting the Hegemony of Market Ideology: Gramsci’s «Good Sense» and Polanyi’s «Double Movement»”, *Review of International Political Economy*, vol. 6, pp. 27-54.

Buhr, Renee L. (2012), “Seizing the Opportunity: Euroscepticism and Extremist Party Success in the Post-Maastricht Era”, *Government and opposition*, vol. 47, pp. 544-573.

Carey, S. (2002), “Undivided loyalties: Is national identity an obstacle to European integration?”, *European Union Politics*, vol. 3, pp. 387–413.

Cox, Robert W. (1981), “Social forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory”, *Millennium: Journal of International Studies*, nº2, pp. 126-151.

Crespy, Amandine y Verschueren, Nicolas (2009), “From Euroscepticism to Resistance to European Integration: An Interdisciplinary Perspective”, *Perspectives on European Politics and Society*, vol. 10, pp. 377–393.

Delanty, Gerard, y Rumford, Chris (2005), *Rethinking Europe. Social Theory and the implications of Europeanization*, Abingdon, Routledge.

Down, Ian y Wilson, Carole J. (2008), “From ‘Permissive Consensus’ to ‘Constraining Dissensus’: A Polarizing Union?”, *Acta Politica* 43, pp. 26-49.

Exadaktylos, Theofanis, Graziano, Paolo R., y Vink, Maarten P. (2013), “Europeanization: Concept, Theory and Methods” en Simon Bulmer y Christian Lequesne (eds.), *The Member States of the European Union*, Oxford, Oxford University Press, pp. 47-72.

Fisher, Mark (2018), *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja negra.

Fligstein, N. (2008), *Euroclash: The EU, European Identity, and the Future of Europe*, Oxford, Oxford University Press.

Gabel, M. (1998), “Public support for European Integration: an empirical test of five theories”, *The Journal of Politics*, vol. 60, pp. 333–354.

Gabel, M., y Palmer, H. D. (1995), “Understanding variation in public support for European integration”, *European Journal of Political Research*, vol. 27, pp. 3–19.

Haacke, J. (2005), “The Frankfurt School and International Relations: On the Centrality of Recognition”, *Review of International Studies*, vol. 31, pp. 181-194.

Habermas, Jürgen (2004), “Euroescepticismo, Europa de los mercados o Europa de los ciudadanos (del Mundo)”, en *Tiempo de transiciones*, Madrid, Trotta, pp. 91-110.

——— (2008), *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta.

Halikiopoulou, Daphne, Nanou, Kyriaki y Vasilopolou, Sofia (2012), “The paradox of nationalism: The common denominator of radical right and

radical left euroscepticisme”, *European Journal of Political Research*, vol. 51, pp. 1-36.

Hobolt, S. B, (2018), “La crisis de legitimidad de las instituciones europeas”, en M. Castells, O. Bouin, J. Caraça, G. Cardoso, J. B. Thompson, & M. Wiewiorka (eds.), *La crisis de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 357-392.

Hooghe, L. y Marks, G (2009), “A Postfunctionalist Theory of European Integration: From Permissive Consensus to Constraining Disensus”, *British journal of political science*, vol. 39, pp. 1-23.

___ (2004), “Does identity or economic rationality drive public opinion on European Integration?”, *Political Science and Politics*, vol. 37, pp. 415-420.

Jameson, Frederic (2000), “Las antinomias de la postmodernidad”, en *Las semillas del tiempo*, Madrid, Trotta, pp. 17-72.

Kaiser, Wolfram (2010), “From Isolation to Centrality: Contemporary History Meets European Studies”, en Wolfram Kaiser y Antonio Varsori (eds.), *European Union History. Themes and Debates*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 46-65.

Kaiser, Wolfram, y McMahon, Richard, (2017), “Narrating European integration: transnational actors and stories”, *National Identities*, vol. 19, pp. 149-60.

Kopecky, Petr y Mudde, Cas (2002), “The Two Sides of Euroscepticism: Party Positions on European Integration in East Central Europe”, *European Union Politics* 3 (3), 297–326.

Kritzinger, S. (2003), “The influence of the nation-state on individual support for the European Union”, *European Union Politics*, vol. 4, pp. 219–241.

Krouwel, Andre y Abts, Koen (2007), “Varieties of Euroscepticism and Populist Mobilization: Transforming Attitudes from Mild Euroscepticism to Harsh Eurocynicism”, *Acta Politica*, vol. 42, pp. 252-270.

Leconte, Cécile (2015), “From pathology to mainstream phenomenon: Reviewing the Euroscepticism debate in research and theory”, *International Political Science Review*, vol. 36, pp. 250-263.

Manners, Ian (2021), “Critical Social Theory approaches to European Integration”, en Didier Bigo, Thomas Diez, Evangelos Fanouilis, Ben Rosamond y Yannis A. Stivachtis (eds.), *The Routledge Handbook of Critical European Studies*, Abingdon, Routledge, pp. 139-152.

Mazower, Mark (2018), *Gobernar el mundo. Historia de una idea desde 1815*, Valencia, Barlin Libros.

Mclaren, Lauren (2007), “Explaining mass-level Euroscepticism: identity, interests, and institutional distrust”, *Acta Politica*, vol. 42, pp. 233-251.

___ (2005), *Identity, Interests and Attitudes to European Integration*, Berlin, Springer.

___ (2002), “Public support for the European Union: Cost/benefit analysis or perceived cultural threat?”, *Journal of Politics*, vol. 64, pp. 551–566.

Moreno Juste, Antonio (2010), “Proyecto europeo, espacio público e historia de la integración europea: notas para un debate”, *Ayer*, vol. 77, pp. 21-54.

————— (2020), “La transición a la democracia en España desde el proceso de integración europea: apuntes para una agenda de investigación”, en Mónica Fernández Amador y Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (eds.), *La transición española y sus relaciones con el exterior*, Madrid, Sílex, pp. 85-127.

Moreno Juste, Antonio, y Núñez Peñas, Vanessa (2017), *Historia de la construcción europea desde 1945*, Madrid, Alianza Editorial.

Moreno Juste, Antonio, y Sanz Díaz, Carlos (2021), “La construcción de la Europa del Sur como categoría de estudio: Guerra Fría, integración europea y consolidación democrática en los convergentes años ochenta”, *Historia del presente*, n.º 37, pp. 5-23.

Neumayer, L. (2007), “Euro-scepticism as a political label: The use of European Union issues in political competition in the New Member States”, *European Journal of Political Research*, vol. 47, pp. 135-160.

Palmowski, Jan (2011), “The Europeanization of the Nation-State”, *Journal of Contemporary History*, vol. 46, pp. 631-57.

Patel, Kiran K. 2013. «Provincialising European union: Co-operation and Integration in Europe in a Historical Perspective». *Contemporary European History*, 22 (4), pp. 649-73.

———. 2020. *Project Europe. A history*. Cambridge: Cambridge University Press.

Radaelli, Claudio M. (2003), “The Europeanization of Public Policy” En K. Featherstone y C. M. Radaelli (eds.), *The Politics of Europeanization*, Oxford, Oxford University Press, pp. 27-56.

Rosamond, Ben (2015), “Methodology in European Union Studies” en K. Lyngaard, I. Manners, y K. Löfgren (eds.), *Research Methods in European Union Studies*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 18-36.

Sanahuja Perales, José Antonio (2015), «Los desafíos de la teoría crítica de las relaciones internacionales». En *Teorías de las relaciones internacionales*, editado por José Antonio Sanahuja Perales y Celestino del Arenal Moyúa, 157-88. Madrid: Tecnos.

Schmitter, Philippe C. (1970), “A Revised Theory of Regional Integration.”, *International Organization*, vol. 24, pp. 836–868.

Szczerbiak, Aleks y Taggart, Paul (2000), “Opposing Europe: Party Systems and Opposition to the Union, the Euro and Europeanisation”,

Opposing Europe Research Network Working Paper N° 1, Sussex European Institute.

Taggart, Paul (1998), “A Touchstone of Dissent: Euroscepticism in Contemporary Western European Party Systems”, *European Journal of Political Research*, vol. 33, pp. 363-388.

Verney, Susannah (2011), “Euroscepticism in Southern Europe: A Diachronic Perspective”, *South European Society and Politics*, vol. 16, pp. 1-29.

___ (2018), “Losing loyalty. The rise of polity Euroscepticism in Southern Europe” en *The Routledge handbook of Euroscepticism* editado por Benjamin Leruth, Nicholas Startin y Simon Usherwood, Abingdon, Routledge, pp. 270-294.

Vollaard, Hans (2018), *European disintegration. A search for explanations*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Warlouzet, L. (2018). *Governing Europe in a Globalizing World. Neoliberalism and its Alternatives following the 1973 Oil Crisis*. Abingdon, Routledge.

Wassenberg, Birte (2012), *Regards croisés sur la construction européenne. Diversité des coopérations et des résistances à l'Europe*, tesis doctoral, Estrasburgo, Universidad de Estrasburgo.

___ (2020), “Challenging the origins of Euroscepticism. A historical perspective”, *Historia y política*, 44, pp. 55-79.

Webels, Bernhard (2007), “Discontent and European Identity: Three Types of Euroscepticism”, *Acta Politica*, 42, pp. 287-306.

Weber, M. (2005), “The Critical Social Theory of the Frankfurt School, and the «Social Turn» in IR”, *Review of International Studies*, vol. 1, pp. 195-209.

Young, John W (2010), “Western Europe and the End of the Cold War, 1979-1989”, en Melvyn P. Leffler y Odd A. Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War. Volume III: Endings*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 289-310.